



TOLEDO.—Santo Tomé.

Juan de Arévalo, a quien el arzobispo confió su edificación, creyó haberse equivocado al hacer los cálculos, y por temor de que al quitar las cimbras se hundiera la obra, llegó a enfermar. Catalina, su mujer, a fin de salvar la reputación del esposo, se aprovechó de la oscuridad de la noche y prendió fuego al andamiaje, valiente decisión, merced a la cual el arquitecto recobró la salud, construyendo de nuevo la obra, con lo que entre las tinieblas de la noche y el fondo de las aguas quedó oculto el secreto del hundimiento. Cerca del primero de dichos puentes, o sea el de Alcántara, sobre un alcor, está situado el que fué monasterio-castillo de San Servando, que créese originariamente templo visigodo, y cuyo pasado tantos consejos y leyendas conserva. Alfonso VI lo restauró al apoderarse de la ciudad, cediéndolo a los monjes cluniacenses; pero los almorávides lo destruyeron en una de sus incursiones, tras lo cual Alfonso VIII lo dió a los Templarios, que no lo reedificaron, hasta hacerlo el arzobispo Tenorio, que convirtió todo el edificio en vasta fortaleza, de amplios patios, gran torreón y recios cubos.

\* \* \*

Dentro del dédalo callejeril toledano descuella la grandiosa Catedral, la *Dives Toletana*, primer monumento reli-

gioso de la ciudad y uno de los más importantes de España y del mundo. Entre tantos elogios como le han sido tributados figuran el de Cossío, que la considera «el ejemplar más netamente español de la arquitectura gótica, la cual experimenta aquí una adaptación al medio clásico que predomina en toda nuestra cultura», y el de Lambert, para quien representa «un mundo», por la asombrosa cantidad de obras de arte que atesora.

Sus orígenes se remontan al año 93, en que fundó el templo el primer arzobispo, San Eugenio. Tras modificarlo, fué consagrado de nuevo por Recaredo, el año 587, como cabeza de la principal diócesis visigoda, y poco después, el 606, tuvo lugar en él, según la tradición, el milagroso descenso de la Virgen para imponer la casulla a San Ildefonso, en premio a ser ferviente defensor de la creencia de su Concepción Inmaculada, razón por la que fué dedicado a Santa María. Convertido en mezquita mayor por los árabes, siguió como tal cuando Alfonso VI reconquistó la ciudad, al haberlo así convenido con ellos; pero en connivencia su esposa, la reina Constanza, y el arzobispo, don Bernardo, consiguieron que el pueblo cristiano se levantara contra aquella indignidad, apoderándose de la iglesia en 25 de octubre de 1087, con lo que volvió al culto del Dios verdadero. Fernando III *el Santo* apoyó la idea de construir allí una gran catedral que le sugirió el arzobispo Jiménez de Rada —el de «la personalidad que domina todo un período de la historia religiosa, política y artística de España»—, quizá enguizado por el ejemplo que daba el prelado burgalés don Mauricio, que ya había iniciado la erección del gran templo de la ciudad Cabeza de Castilla. En octubre de 1226, según unos autores, y según otros en agosto de 1227, quedó colocada la primera piedra.

Durante mucho tiempo vino considerándose al maestro Pero Pérez, fallecido en 1291, como autor de los planos y primer director de las obras, a tenor de lo que aparecía consignado en el epitafio de su sepultura, situada en una capilla de la cabecera del templo, derribada para construir el Sagrario, si bien dió origen a controversia el hecho de no ser posible que aquél proyectara construcción alguna sesenta años antes de su muerte. Pero hace algunos lustros que la cuestión quedó elucidada merced a uno de los más eruditos y apasionados conocedores del magno templo, el entonces ilustre prebendado y después obispo-prior de las Ordenes Militares, Dr. Esténaga, quien demostró apodícticamente que el tracista de la magna fábrica catedralicia fué el maestro Martín, acaso galo de origen, pero casado con una española, que dirigía aquella en 1227, y todavía vivía siete años después, por lo que el maestro Pérez debió de ser el segundo arquitecto. Consta que en 1238 pudo ya el arzobispo fundador establecer capellanías en las capillas del ábside, y que cuando murió, en 1247, estaba en servicio la parte construída del templo; pero fábrica tan enorme requería todavía siglos enteros para su terminación. En 1300 quedó acabado el crucero; en el siglo siguiente se levantaron las naves, el claustro y la torre; el xv fué invertido en cerrar las bóvedas, construir la fachada principal, trazar nuevas capillas, decorar la portada y efectuar importantes reformas, quedando virtualmente terminada en 1492, precisamente días después de la toma de Granada por los Reyes Católicos.

Excepción hecha de las de Burgos y León, casi todas las grandes catedrales góticas españolas carecen de monumentalidad exterior, pues solamente los hastiales de algunas de ellas constituyen la parte vistosa, por lo cual se ha dicho que no son en la externa, sino el reverso de la interna. La de Toledo ofrece esa característica, por lo que resulta un tanto pobre el aspecto de sus fachadas, rehechas casi en su totalidad durante el siglo xviii. Contribuye a restarle prestancia lo desfavorable de su situación, ya que el templo se asienta en paraje más bien bajo y está rodeado de estrechas y torcidas calles, lo cual hace que no pueda destacar su perspectiva.

La fachada principal, al O., tiene tres bellas puertas, de las ocho que sirven de acceso al interior del templo.